

### LA REVISTA 'ENTREGAS DE POESÍA' (1944-1947)

56



Tomasa Martín Fernández

Cuenta Albert Manent (1990) que Juan Ramón Masoliver, durante uno de sus frecuentes viajes desde Italia a Barcelona, fue animado por el poeta Fernando Gutiérrez a crear una revista poética que fuera más allá de lo que el tristísimo panorama literario de 1943 podía ofrecer. Juan Ramón aceptó, y junto a Gutiérrez (sobrino de Luys Santa Marina, por entonces director del Ateneo y del diario *Solidaridad Nacional*) y al poeta canario Diego Navarro, recién llegado a Barcelona, sacó a la luz 24 números de una revista poética que es recordada hoy no sólo como una joya de la edición,

sino también como una colección sorprendente por la originalidad y la calidad de sus textos.

Se evitó el termino «revista» para eludir la dureza de la censura con las publicaciones periódicas, y se eligió el de *Entregas de poesía*. El primer número salió a la venta en el mes de enero de 1944 (*annus mirabilis* para la poesía española), y aunque no iba acompañado de ningún editorial ni nota aclaratoria, mostraba a las claras cuáles eran las intenciones de la publicación: alta calidad tipográfica; apertura hacia países vecinos, con la publicación de al menos un poeta extranjero contemporáneo en cada número, cuya obra podía leerse en su lengua original y en traducción; recuperación de un pasado poético nacional diferente al de los tópicos de la época (Manrique-Garcilaso-San Juan) mediante la inclusión de clásicos desconocidos o facetas desconocidas de clásicos conocidos; y, lo que hoy resulta más interesante, el lanzamiento de un grupo de poetas barceloneses o residentes en aquel momento en Barcelona cuyo denominador común era su alejamiento de las corrientes garcilasistas.

Quizá, para comprender mejor lo que significó en su momento *Entregas de poesía*, habría que recordar que la edición poética española en 1943 se limitaba básicamente a difundir desde Madrid un imposible neoclasicismo imperial (al fondo, *Escorial*), a recoger la voz de la «Juventud creadora» en sonetos cargados de referencias a menudo patrióticas o religiosas en la recién creada revista *Garcilaso*, y a la publicación de los primeros libros de la colección Adonais. Algunos intentos periféricos de disidencia poética (*Espadaña*, *Corcel*) no habían tenido hasta entonces repercusión alguna. Frente a *Escorial* y, sobre todo, frente a *Garcilaso*, Juan Ramón

Masoliver levantó una propuesta poética acorde con sus gustos, su personalidad, sus vivencias: un querer anudar la poesía española con la europea, una búsqueda de la calidad por encima de otras cuestiones y una apuesta por poéticas diferentes a las oficiales.

Numerosos testimonios dan fe de que el propósito principal de Juan Ramón Masoliver al aceptar la edición de *Entregas de poesía* fue apartarse de las corrientes madrileñas oficiales. Así, el propio Masoliver reconoce en la despedida de la revista («Hasta luego», 1947) que se habían querido paliar las carencias de la poesía de principios de los cuarenta, que «parecía abandonada al cultivo de unas formas pseudo renacentistas, poco individualizadas y que de los clásicos no habían tomado más que el aire». Uno de los poetas que colaboraron desde el principio en *Entregas*, José Cruset, me confesó que Juan Ramón había admitido cualquier poema de calidad excepto, expresamente, los de la corriente garcilasista. Como cualquier intención, ésta también se olvidó en ocasiones, por conveniencia o amistad (Diego Navarro publica sonetos claramente neoclasicistas e incluso José García Nieto llegó a ver publicados sus poemas en *Entregas*), pero es indudable que la estética que domina la revista es otra, desde el primer número hasta el último: son las vanguardias, especialmente el surrealismo lo que da unidad a *Entregas de poesía* durante los tres años que vio la luz. En las antípodas de sus colegas madrileños, Masoliver supo reunir en torno a la publicación a una serie de autores (algunos consagrados, la mayoría noveles) que no habían olvidado las lecciones de los grandes poetas de antes de la guerra ni los hallazgos formales o temáticos de las vanguardias. Desde la perspectiva actual, el mayor mérito de la publicación radica precisamente en esta recuperación del inmediato pasado poético y en haber dado voz al surrealismo (¡en 1944!) no sólo con poemas de Juan Eduardo Cirlot o de Julio Garcés, sino también con inequívocos textos

de crítica poética, como el de Antonio Vilanova en el número 1 de *Entregas* o el de Louis Aragon en el número 5.

Pero no es ésta la única sorpresa que ofrecía *Entregas* a sus lectores barceloneses. Para empezar, los clásicos (Francisco de la Torre y Sebil, Antonio de Maluenda, Francisco de Portugal, Bion de Esmirna, Baltasar Gracián, el *Libro de los Muertos*, etc.), que tal vez por sí solos no entusiasmaron a ciertos lectores, se combinaron con juegos como la «Sanjuanada» de junio de 1944 (poemas anónimos, de Cervantes, Lope y Calderón sobre el día y la noche de San Juan), la «Inocentada poética» de diciembre de 1944, las «Albas provenzales» de Martín de Riquer también en el mismo número, la «Antología de poemas dedicados a damas dolientes» (marzo-abril de 1945), la «Selección de poesías en lengua extranjera de autores españoles» (15-16) o su complementaria «Selección de poesías castellanas de autores extranjeros» (18). Aunque los clásicos fueron desapareciendo después de la marcha de Masoliver a Italia a finales de 1945, la labor de difusión y especialmente el talante con el que se hizo serían largamente recordados. Así, Molina Foix recordaba en 1998, en un artículo titulado «Ser bi», que en *Entregas de Poesía* «el gran crítico y traductor catalán Juan Ramón Masoliver presentaba unas *Poesías en lengua extranjera de autores españoles*. El año y la situación no favorecían entre nosotros el cosmopolitismo ni la vocación internacional, pero ahí estaba Masoliver con discreción, con el manto prudente del erudito, rastreando hermandades literarias entre lenguas y países tradicionalmente rivales» (Molina Foix 1998).

Otra de las novedades de *Entregas de poesía* fue la frecuente inclusión de textos teóricos críticos, muy del gusto de Masoliver. De hecho, parece que una de las causas del cierre de la revista fue la escasez de escritos de este tipo. Desde el número 1, el entonces jovencísimo Antonio Vilanova había dejado claro en el artículo (casi editorial) «Poesía española y

poesía europea» que «en España, el surrealismo es, sin duda, el intento de dimensión más ambiciosa y de más hondo empuje lírico que se haya dado en nuestra moderna poesía» y que sólo era posible superar la «amanerada imitación de nuestros clásicos» propia de «la pléyade de garcilasistas» si se superaba la «incomprensión profunda de los más logrados avances de nuestra lírica», en clara alusión, entre otras, a dos obras consideradas capitales por Vilanova: *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías* y *Sobre los ángeles*. Un poco más adelante (*Entregas de poesía* 5, mayo de 1944) es un representante histórico del surrealismo francés, Louis Aragon, el que publica «Arma virumque cano», una defensa de la libertad poética que no excluye la vuelta a rimas y medidas cerradas, en superación del superficial debate entre verso libre y formas estróficas: «No hay poesía más que en tanto se medite sobre el lenguaje y se refunde ese lenguaje. Lo que implica la ruptura de los marcos del idioma, de las reglas gramaticales, de las leyes del discurso. Por ahí adelantaron tanto los poetas en el camino de la libertad; y esa libertad es la que me trae por las vías del rigor, libertad verdadera». ¿Era posible leer tantas veces la palabra «libertad», sin trampas, en cualquier otra publicación española a mediados de 1944? ¿Y quién se había atrevido hasta entonces a reivindicar las obras de Lorca o Alberti?

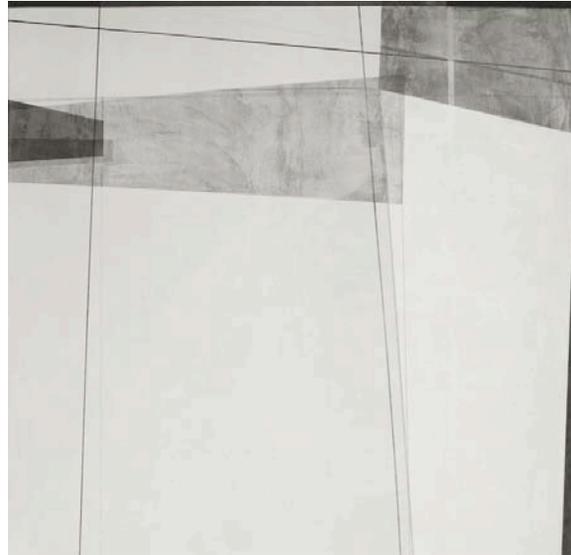
Siguiendo con los textos teóricos, es necesario destacar la publicación de una serie de «Confidencias literarias» en las que poetas más o menos consagrados (desde Vicente Aleixandre hasta Cirlot) respondían a un cuestionario previo: cuándo y por qué empezó a escribir, qué es la poesía y qué poetas prefiere, qué espera de la propia poesía. La primera «Confidencia» (*Entregas de poesía* 6-7, junio-julio de 1944) fue nada menos que la de Vicente Aleixandre, que acababa de publicar *Sombra del paraíso* y que no tenía reparos en afirmar que el surrealismo había sido el origen de un cambio radical en su poesía, plasmado ya en *Pasión de la tierra*: «era la poesía en

libertad, la poesía manando con hervor caliente del fondo entrañable de poeta, aquí instrumento de un fuego que habríamos de llamar telúrico», aunque reconoce no haber creído «nunca en lo estrictamente onírico, en la escritura automática, en la abolición de la conciencia creadora». Esta «Confidencia literaria» de Vicente Aleixandre, después utilizada como prólogo a la segunda edición de *La destrucción o el amor* (1945), cerró el primer volumen de *Entregas de poesía* (enero-julio de 1944), el más redondo y coherente.

Otras «Confidencias literarias» fueron las de Dionisio Ridruejo (9, septiembre de 1944), las de Luís Landínez y Juan Eduardo Cirlot (10, octubre de 1944) y Carmen Conde (11, noviembre de 1944). Durante 1945 y 1946, Masoliver prefirió publicar en la revista ensayos heterogéneos como «Crisis de símbolos», de Stephen Spender, «La poesía china», de Lin Yutang, «Sobre la poesía pura», de Derek Stanford o «La vivencia lírica», de Juan Eduardo Cirlot, sin duda el más interesante por cuanto contiene muchas claves de la especialísima constelación estética del poeta. Éste ya había publicado en *Entregas* varias colecciones de poemas e incluso una «Confidencia» en la que, saltándose el guión previo de preguntas, había dejado claras sus preferencias: la música de Ravel, Neruda, Lorca («auténtico genio de la poesía nacional contemporánea»), Poe, la antigua poesía oriental... Pero es en «La vivencia lírica» (*Entregas de poesía* 19, 1946) donde Cirlot racionaliza (hasta cierto punto) sus bases estéticas, lo que lo convierte en un texto teórico fundamental para entender la obra del poeta barcelonés en los años 40. La poesía, dice Cirlot, gira en torno a la autonomía del arte, a la unión indisoluble entre forma y fondo, al surrealismo como movimiento de libertad y experimentación y al papel del poeta como profeta. Es decir, que el concepto no está demasiado lejos del expresado por Antonio Vilanova o Louis Aragon en los primeros números de *Entregas de poesía*. En los finales, la

falta de textos críticos fue suplida con listas de «Publicaciones recibidas» y una utilísima «Noticia de los autores contemporáneos publicados en esta colección» que nos permite hoy conocer muchos datos biobibliográficos de los participantes en la aventura.

Si en la selección de textos clásicos y teóricos se transparentaban los gustos de Juan Ramón Masoliver, no podía ocurrir otra cosa con los poemas publicados, verdadero centro de las *Entregas de poesía*. Desde luego que Fernando Gutiérrez y Diego Navarro (los codirectores de la revista) publicaron sus propias obras y las de algunos poetas amigos, pero la idea de Juan Ramón Masoliver desde el principio, desde la gestación de la publicación a finales de 1943, era dar cauce a una serie de poetas que él consideraba necesarios: poetas catalanes (de nacimiento o de adopción) de expresión poética en castellano y continuadores de ciertas estéticas de anteguerra. Aunque la lengua catalana apareció en algún momento en *Entregas* (en ciertas colaboraciones a la «Corona poética en memoria de Eugenio Nadal»), no hace falta señalar que a mediados de la década de los 40 del siglo XX, utilizar el catalán en una publicación era condenarla a la clandestinidad. Juan Ramón Masoliver reconoció (Valls, 1983) que había fundado las *Entregas* como «empresa de apoyo a los poetas jóvenes», arropados a menudo por consagrados; éstos podían ser amigos como Dionisio Ridruejo, quien publica en el número 1 de la revista «Descubrimiento del corazón. Nueve cantos a Diana» o en el número 13-14 (enero-febrero de 1945) su significativo «Canto en el umbral de la madurez»; o como César González-Ruano, quien acababa de encontrar casa en Sitges tras varias peripecias confusas en la Francia ocupada y del que se pueden leer versos ultraístas en la «Balada de Cherche Midi» (*Entregas* 2, febrero de 1944). Pero también podía tratarse de autores más lejanos en todos los sentidos, como José García Nieto («Tú y yo sobre la tierra», *Entregas*



Lola Berenguer Suárez

10, octubre de 1944) o Carmen Conde (*Entregas* 15-16, marzo-abril de 1945).

De todas maneras, lo que realmente dio sentido a los 24 números de *Entregas de poesía*, lo que les otorga, vistos desde principios del siglo XXI, una interesante unidad vertebradora, es la colección de versos firmados por escritores noveles residentes entonces en Barcelona o alrededores: José Cruset, Julio Garcés, Juan Eduardo Cirlot, Francisco José Mayáns, Manuel Segalá, Susana March, José M. Fonollosa, Fernando Gutiérrez, Guillermo Díaz-Plaja, José M. Gironella, etc. La «notable entidad», en palabras de Juan Ramón Masoliver (1977), de estos poetas «barceloneses o, si se quiere, catalanes», ha quedado oscurecida por diversas cuestiones (políticas, estéticas) en las que no vamos a entrar, pero tal vez bastaría hacer un ejercicio –leve– de sentido común para reconocer

que la posteriormente famosísima Escuela de Barcelona no surgió de la nada, sino de una red poética previa, espesa, internacionalista, tejida en los años 40, en parte por poetas ligados a las *Entregas* de Juan Ramón Masoliver. Entre éstos hay un punto en común: sus poéticas enlazan con las de antes de la guerra civil. Y aunque podemos encontrar poetas de expresión más clásica, como Cruset (entonces fervoroso seguidor de Salinas) o Fernando Gutiérrez (con influencias claras, sin embargo, de Lorca y Miguel Hernández), la mayoría elige el surrealismo como *medio* de expresión poética y a Vicente Aleixandre como su representante más cercano en la tierra. Si destaco *medio* es porque es así como se concibe en aquel momento exactamente el surrealismo: una manera privilegiada de expresión en la que confluyen la libertad temática, el uso de la imagen más o menos irracional y la investigación formal (musical, de metros, etc.). La pasión por el surrealismo llegó a cada poeta de manera diferente (a Cirlot en Zaragoza, a Garcés en Barcelona, a Segalá por la vía catalana...) pero lo más llamativo es que coincidieron en el tiempo y en el espacio con Juan Ramón Masoliver, uno de los introductores del movimiento en España, quien les permitió publicar sus poemas en la revista *Entregas de poesía*. De todos los poetas que publicaron en ella, queremos detenernos aquí especialmente en este grupo «surrealista».

Es necesario recordar que uno de los escritores más interesantes de la posguerra española, Juan Eduardo Cirlot, empezó verdaderamente su camino poético en *Entregas*, con la «Oda a Igor Strawinsky y otros versos» (4, 1944), y el «Canto de la vida muerta» (15-16, 1945), aparte de las ya mencionadas «Confidencia literaria» y el ensayo «La vivencia lírica». Cirlot había llegado a Barcelona en 1943, procedente de Zaragoza, donde había realizado el servicio militar y había conocido el surrealismo a través de Alfonso Buñuel. En la Ciudad Condal enseguida buscó a escritores más o menos

afines a su estética, entre ellos a Manuel Segalá, editor de su primer libro, *La muerte de Gerión*, en 1943, y Julio Garcés, con los que fundaría la tertulia surrealista de La Leona. Cirlot es el poeta que más páginas ocupa en la revista; su primera colección de poemas tiene como centro la música de vanguardia de Strawinsky («Oda a Igor Strawinsky») y de Scriabin («Elegía a Alexander Scriabin»), es decir, la posibilidad de creación de un arte total basado en la unión de poesía, música y color. Además, Cirlot pretende extraer de la música una especial configuración formal que le permita crear con la palabra lo que el «centro de sonido» o «acorde místico», a través de los círculos de quintas, había permitido hacer a Scriabin en las composiciones musicales. Por eso, busca el «sollozo armonizado en círculos» (de quintas) con el que poder ensayar otro universo por medio de la palabra poética:

Quiero hablar lentamente, como sueñan las tardes,  
como viven los lirios,  
de ese sollozo armonizado en círculos,  
en horizontes de líneas tenaces y leves,  
de cariñosas líneas dibujando mejillas,  
dibujando tristísimos cabellos,  
o, simplemente, ensayando otro universo.  
(*Entregas de poesía* 4, abril de 1944)

Un año después, en abril de 1945, Juan Eduardo Cirlot publicó en *Entregas de poesía* (16) un prólogo en prosa y el extenso poema «Canto de la vida muerta»; este último formará después parte del libro *Canto de la vida muerta* (1946), primero de una serie que continuaría con *Segundo canto de la vida muerta* (1953), *Tercer canto* (1954) y *Cuarto canto* (1961). El prólogo, excluido del libro, es esencial para comprender que la base de la creación poética para Cirlot era, en aquel momento, la disgregación del yo, condicionada por la movilidad

espacial y temporal, o, lo que es lo mismo, por la superación de los límites espacio-temporales. ¿Surrealismo? Desde luego que sí, pues lo que le interesaba a Cirlot era la liberación de la palabra poética:

A veces me canso de mis ojos y del fulgor celeste que domina la tierra de mi frente. Entonces, a través de las nubes y de los horizontes de todos mis abrasados pensamientos, desciendo hasta las riberas animales...

(*Entregas de poesía* 16, abril de 1945)

En este empeño puso igual entusiasmo el soriano Julio Garcés (1919-1979), quien ya había publicado varios libros de poemas antes de que Juan Ramón Masoliver le abriera las páginas de *Entregas* en marzo de 1944. Además, Julio Garcés fue en algún momento (números 19-23 de la revista, desde 1946), junto a Manuel Segalá, el encargado de la dirección de *Entregas de poesía*, en ausencia de Juan Ramón Masoliver, quien delegó en ellos su tarea, aunque luego se quejara del «desorden» de alguno (seguramente Segalá). Julio Garcés publicó en *Entregas de poesía* «Pájaros tristes y otros poemas» (3, 1944) e «Interior» (22, 1946). La primera colección demuestra la comunidad de intereses de Cirlot y Garcés, pues los «pájaros tristes» aparecen en poemas de los años cuarenta de ambos poetas y remiten tanto a una composición de Ravel como a las célebres golondrinas becquerianas. Otro de los poemas de Garcés, «Narciso», muestra también un tema central de la poesía de Cirlot en estos años, explicado en «La vivencia lírica»:

¡Narciso! Siempre he intuido algo profundamente misterioso en su actitud. Ese mito me ha parecido el símbolo de una concepción antropomórfica del cosmos...

(*Entregas de poesía* 19, 1946)



Vall Karsunke

Subjetivismo, introversión, imagen visionaria, autocontemplación... Otros de los poemas de la serie aparecida en *Entregas de poesía* 3 son «Dos poemas a N. R.», es decir a Nefalí Reyes, cuyo magisterio era igualmente aceptado por Cirlot en el artículo «El poeta Pablo Neruda» (*La Prensa*, 30 de octubre de 1945), del que destacaba el personalísimo surrealismo de *Residencia en la tierra*, basado en su capacidad de «progresar de dentro afuera» y su poder de subversión poética. «Neruda es, ante todo, un profundo explorador del lenguaje. La sintaxis queda en sus poemas agotada», afirma

Cirlot. Por su parte, Garcés, escogería como lema de su libro *Poesía sin orillas* (1946) el verso nerudiano «Mi corazón es tarde y sin orillas», precisamente de *Residencia en la tierra*, en el que se resumen magistralmente el subjetivismo y la ruptura de la lógica sintáctica. En fin, los encuentros entre Cirlot y Garcés son tantos en esta época de *Entregas* que no sorprende encontrar la firma Julio-Eduardo Cirlot Garcés en el poema «Primer homenaje a Gala-Salvador Dalí» que aparecería en 1945 en la revista sitgetana *Maricel*.

La segunda colección de poemas que Julio Garcés publica en *Entregas de poesía* es «Interior» (22, 1946); mucho después, los dos poemas que la forman, «Mi nombre es ayer» y «Catálogo sentimental», serían incluidos, con notables variantes, en *Los poemas de San Polo* (1976). Ambos son ejemplo del buen quehacer poético de Garcés, capaz de unir la imaginaria surrealista con el rigor reflexivo (y métrico), partiendo, como tantas veces Cirlot, de estructuras paralelísticas generativas:

Mi nombre es soledad, mi nombre es nieve,  
mi nombre es un pasado de ciudades,  
mi nombre es el jardín donde respiro,  
lejano y solo y blanco y apartado.  
(*Entregas de poesía* 22, 1946)

Una de las más encendidas y emotivas reseñas de los *Poemas de San Polo* se debe precisamente a Juan Ramón Masoliver, quien en 1977, treinta años después de los últimos versos de Julio Garcés en *Entregas*, reconocía que éste era el «oráculo poético del grupo, el *miglior fabbro*». El grupo, según Masoliver, estaba formado por Cirlot, Garcés, Goicoechea y Segalá; las «tiradas de miles de versos» de Ramón Eugenio de Goicoechea, «excedido y rezagado romántico, monstruo de su laberinto» no aparecerían nunca en *Entregas*,

pues recuerda Masoliver en 1977 que, aunque siempre estaba dispuesto a recitar sus versos, igualmente era «decididamente contrario a su publicación». Sí los de Manuel Segalá, quien daría a la revista de Masoliver composiciones inequívocamente surrealistas (que contrastan con otras neoclasicistas que paralelamente aparecieron en revistas como *Garcilaso*). En *Entregas de poesía* 8 (1944) apareció su «Tríptico de homenajes» a Poe, Baudelaire y Verlaine, en los que, tras la reivindicación de los malditos, se transparenta la influencia del Lorca surreal; también en «Corcel de sombra» (*Entregas de poesía* 22, 1946) el mimetismo poético de Segalá es claro; ahora el referente es Pablo Neruda, lo que le permite admitir en sus versos un fuerte componente erótico que, afortunadamente, pasó desapercibido a la censura:

Deja que alce a tu lado mi columna más dulce  
y despoje mis sienes de agudas madre selvas  
y derrote mis ingles con el humo más blanco  
y angustie mis rodillas con clamores de ciervo.  
(*Entregas de poesía* 22, 1946)

Son prácticamente los últimos versos conocidos de Manuel Segalá, pues hacia 1947 abandonó Barcelona (y la poesía). Varios testimonios lo señalan como el más intranquilo del grupo; González-Ruano, en *Mi medio siglo se confiesa a medias* (1951) reconoce «su existencia atropellada» y Dionisio Ridruejo, a quien debemos el más completo retrato de Masoliver y sus poetas de *Entregas*, dice que Segalá era «el más alocado» (Ridruejo 1976).

Las *Casi unas memorias* de Ridruejo son un documento insustituible; vale la pena adentrarse «En la Cataluña de los 40», en el apartado «Con un amigo, en Llanvaneras» (Ridruejo 1976) para conocer la intrahistoria de las diversas aventuras de Juan Ramón Masoliver en tiempos tan difíciles, entre ellas, la

revista *Entregas de poesía*, de la que habla extensamente Ridruejo en el apartado «Memoria de J. E. Cirlot con algunos poetas». Aquí formula Dionisio Ridruejo el único reproche que tal vez pueda hacerse a *Entregas*: que atendió la poesía francesa, italiana, provenzal, inglesa y alemana, pero «faltan los catalanes modernos y, claro es, su lengua». Para Ridruejo, los poetas jóvenes de *Entregas* eran castellano-parlantes por opción, aunque no ignora «el estado de ostracismo a que la literatura vernácula se encontraba sometida en aquellos años». Albert Manent (1990) afirma que el censor, Bernabé Oliva, prohibió unos versos en catalán de Teixidor y en su lugar se insertaron las «Albas provenzales» de Martín de Riquer, lo que da idea de las restricciones de la época; pero reconoce que *Entregas* «era una revista de suport als joves poetes en castellà», entre los que se encontraban tanto los que habían arribado a Barcelona tras la guerra (Julio Garcés, Diego Navarro) como los nacidos en Cataluña y que usaban el castellano como opción (Cirlot, por ejemplo) o como obligación (¿cuántos? ¿quiénes?). Entre los últimos, seguramente, estaban Manuel Segalá (hijo de Lluís Segalá) o Francisco José Mayáns («Elegías y otros poemas», *Entregas de poesía* 5, 1944), pero no podemos afirmarlo con seguridad. Igual sucede con la aparición de escritoras: sólo Susana March, con «La pasión desvelada» (*Entregas de poesía* 21, 1946) ofrece un interesante grupo de poemas. Pero ¿se puede culpar de ello a Juan Ramón Masoliver?

Quedémonos con lo que consiguió. Juan Ramón Masoliver logró dirigir (y mantener en todos los sentidos) una publicación periódica dedicada a la poesía durante 24 números, casi tres años, desde 1944 a 1947. A través de ella, dejó hablar a lo que entonces estaba silenciado o anatematizado: a poetas clásicos olvidados, a la poesía europea contemporánea y, sobre todo, a un grupo de poetas jóvenes surrealistas de indudable calidad.

## NOTA BIBLIOGRÁFICA

- CRUSET, José (2007). Entrevistado por Dolores Manjón en Premià de Mar, 1 de junio de 1992. En: *Poesía en castellano en Barcelona (1939-1950)*. Alicante: UNED-El Taller digital.
- HERNÁNDEZ, Sònia; ACÍN, Ángel Luis (2002). *Juan Ramón Masoliver. Dies llegits*. Montcada i Reixac: Ajuntament de Montcada i Reixac.
- MANJÓN-CABEZA CRUZ, Dolores (2007). *Poesía en castellano en Barcelona (1939-1950)*. Alicante: UNED-El Taller digital.
- MANENT, Albert (1999). «Joan Ramon Masoliver, servidor proteic de la cultura». *Revista de Catalunya*, núm. 38, (febrero), p. 110-122.
- MOLINA FOIX, Vicente (1998). «Ser bi». *El País*, 17 de noviembre.
- MASOLIVER, Juan Ramón (1977). «Un venturoso retorno: Julio, de Barcelona». *La Vanguardia literaria*, 10 de marzo.
- RIDRUEJO, Dionisio (1976). *Casi unas memorias*. Barcelona: Planeta.
- SCHMITT, Thomas; MANJÓN-CABEZA, Dolores (2006). «Mi voz en el sonido de tu luz. Estructuras musicales en la poesía de Juan Eduardo Cirlot». *Bulletin of Spanish Studies*, vol. LXXXIII, 4 (junio), p. 523-539.